

PRINCE M. PARKER, *Juan Marcos. El autor del primer evangelio*, Xulon Press, Maitland, 2019. 134 pp. ISBN: 978-15-456-6977-8.

Se nos ha invitado a adoptar una posición crítica respecto al libro *Juan Marcos. El autor del primer evangelio* (2019) como parte de un ejercicio de debate académico.

Dos presupuestos rigen este trabajo.

El primero: el punto de vista personal es que la conclusión del libro es cierta, y el autor tiene razón. Sin embargo, se nos ha invitado a intentar refutarla, o al menos, a lanzar sospechas y dudas acerca de su verdad. Esto puede contribuir –bien entendido– a reforzar la argumentación, a revisar su fundamento y, en suma, a la causa común de mostrar la verdad de tal conclusión.

El segundo: sentimos un profundo respeto por la persona que está detrás del autor del libro que presentamos. Es más, lo amamos, lo amamos profundamente, en el sentido del *ἀγάπη* de Jn 13:33-35. Lo amamos como Jesús dice que hay que amar a un hermano. Apreciamos con valor absoluto la persona del Dr. Parker. Más aún, hemos aceptado la propuesta de realizar una crítica al libro precisamente motivados por un aprecio infinito de su persona. Vaya por delante, pues, y como condición esencial del trabajo, que la única intención de la presente reseña es discutir y dialogar con el contenido del libro solamente en el ámbito científico y racional, al más puro estilo de los debates académicos que se realizan hasta hoy. En estos debates se aportan argumentos para defender una posición que una parte tiene que criticar y otra que defender. En esta ocasión, nos toca criticar. Se trata solamente, pues, de hacer un “Llamamiento a la objetivación del problema”, como lo llama Hans Küng en el prefacio a su ensayo *Morir con dignidad*, de poner en la discusión teológica pública un tema, cuestión o problema que se considera de importancia, sin el objeto de tener la verdad absoluta ni tampoco de haber llegado a conclusiones definitivas. Bien al contrario, se trata de hablar desde la prudencia y considerando que todo cuanto se diga aquí será – como la ética cartesiana– provisional.

Dicho esto, como premisa básica desde el comienzo y afirmada con rotundidad, y no poniéndola entre paréntesis ni abandonándola nunca, entremos –como un simple ejercicio dialéctico teórico, no personal– en el contenido del libro.

Comencemos, pues, el debate.

A pesar de la buena intención que lo guía, la hipótesis del libro es un disparate. Conviene decirlo así y no para llamar la atención. Conviene decirlo así porque es un ataque indirecto al verdadero evangelio. No se trata de ser, de entrada, injustos, sino todo lo contrario: de que reine la justicia. Paradójicamente, el libro consigue lo contrario de lo que se propone: dejar por tierra el mundo de Jesús y su evangelio. La intención del libro no es atacar el evangelio, pero, como siempre en el estudio de las religiones, desviarse o confundirse en una sola coma cambia el rumbo de lo que se dice, máxime cuando el libro se basa en la interpretación (completamente especulativa) de versículos bíblicos. Si un ensayo sobre un personaje bíblico se edifica

sobre la comprensión de un conjunto de versículos, parece lógico que la comprensión correcta de dichos versículos sea la premisa primera y básica. Y aquí, da igual la posición desde la que se comprenda al evangelio, si desde el agnosticismo, si desde la creencia: ambas tienen que respetar las reglas de comprensión exegética bíblica.

Si el libro no es en sí mismo disparatado, contiene, al menos, hipótesis y conclusiones extravagantes. Digámoslo rápido: concluye que el padre de Juan Marcos –el presunto autor del evangelio que la tradición de la iglesia en el siglo II d. C. adscribe a Marcos– era Simón Pedro, el apóstol al que –según el evangelio de Mateo– Jesús le concede el primado de su iglesia (Mt 16:18), de la asamblea de personas que él ha llamado o seleccionado.

El problema no es solo la ausencia de referencia a la lengua madre de Jesús, que no es, no obstante, la lengua de los evangelios bíblicos. El problema es, principalmente, que no hay tampoco una sola citación literal en las 134 páginas que ocupa el libro de manuscritos antiguos ni de códices, ni siquiera del *textus receptus*, ni en la página dedicada a las citaciones de las traducciones empleadas (p. XI-XII) ni en las sucesivas notas al pie en las que se hace alusión a versiones bíblicas actuales. No hay por tanto una base sobre la que apoyar su interpretación. La consulta y el estudio de los manuscritos antiguos es una exigencia para cualquier trabajo de crítica textual, a partir del cual parece –pero solo parece– operar la hipótesis del libro.

Lo problemático del libro es la ausencia de método exegético, que es lo que convierte, de antemano, al libro en algo que previsiblemente no podía llegar a conclusiones acertadas. El método exegético bíblico es absolutamente necesario en la actualidad, lo cual ha sido establecido desde hace tiempo por un órgano de referencia como es la Pontificia Comisión Bíblica, en su documento de 1993: *La interpretación de la Biblia en la iglesia*.

Mediante una exégesis imaginativa, mucho más parecida a la fantasía que a la realidad, en un ejercicio complejo de interpretación, establece que es posible entrever entre distintos episodios del Nuevo Testamento que Juan Marcos era –como dijimos– hijo de Pedro. Un verdadero ejercicio de comprensión bíblico debe tener como punto partida el texto original, algo que no encontramos en el presente libro.

No obstante, a pesar de los posibles problemas de interpretación, el autor está avalado por una vasta erudición de la historia del Antiguo y Nuevo Testamento, que es la que lo ha movido –como afirma en la Introducción, cuando comenta que “fue invitado” a “presenciar la introducción, a un público limitado, de un gran hallazgo arqueológico consistente en fragmentos del Evangelio de Marcos” (p. XV)– y en este punto es donde nuestra crítica se encuentra en dificultades.

El problema principal, no obstante, que queríamos observar al libro es haber edificado una interpretación sin citar qué dicen las palabras originales y sin haber explicado cómo se pueden utilizar esas palabras originales para realizar una deducción. Quizá todo esto pertenece a un trabajo de campo y de investigación no manifestado en el libro, pero da la sensación de que si no se explicita cómo se ha llegado realmente a tales conclusiones no existe justificación para afirmarlas.

En el capítulo 2 habla de “influencias que provocan una eiségesis y no una exégesis” (p. 15). Quiere reparar en la necesidad de comprender objetiva y no subjetivamente los textos bíblicos. Ahora bien, hay una exigencia todavía más sustancial, previa y científica. Por muy objetivamente que se comprenda el texto, si lo que se está comprendiendo es un texto que no es fiel al original, ni está diciendo lo que dice el original, entonces cabe decir: *traduttore, traditore!* De ahí la importancia de conocer los originales (algo quimérico en el caso de textos antiguos, también en el caso del Nuevo Testamento, puesto que ya no existen) y, si no, los manuscritos más antiguos. En el caso específico del texto bíblico, o se comprende en la lengua original,

o no se comprende. Pero esto es algo que desde hace décadas exige la exégesis bíblica seria. Así, Pío X fundó el Pontificio Instituto Bíblico de Roma en 1909 orientado por este reconocimiento.

Dado que disponemos de poco espacio y nuestro único propósito era abrir un debate sobre el contenido del libro, iremos rápidamente a su conclusión, ya enunciada. Ahora pongámosla con las palabras literales del autor, que se encuentran en el capítulo 8, el centro del libro (pp. 119-120). Nótese que el propio autor postula tal conclusión como hipótesis, pero también deja entrever que se inclina por la plausibilidad de dicha hipótesis:

Muchos otros eruditos, entre ellos el Dr. Alexander McLaren (1826-1910) en su obra *Las exposiciones de Las Santas Escrituras: Marcos*, y Georg Alexander Chadwick (1840-1923) en su obra *El evangelio de San Marcos*, creen que Juan Marcos mismo es el misterioso joven [del episodio de Mc 14:51-52]. Yo creo que este joven era Marcos, que salió siguiendo a su padre, mientras su padre seguía a Cristo. Siendo de noche, él estaba vestido (o desvestido) para dormir. El alboroto le despertó, y cuando le quisieron echar mano, logró escapar vestido en su ropa interior. Yo creo que Marcos describió el incidente sin mencionarse directamente a sí mismo de la misma manera que Juan hizo en su evangelio (Juan 13:22- 25) o como el Apóstol Pablo hizo en 2a Corintios 12:2-3. Yo sé que es especulación mía, pero creo que Marcos dice que el joven estaba cubierto con una camisa de noche porque era una indicación de que el muchacho fue enviado a la cama. Pero, él se escapó de la casa, y salió a hurtadillas para seguir a su padre de lejos con la plena intención de estar con él en el huerto. Si este Evangelio es, como muchos creen, una narración del apóstol Pedro, sería otro motivo que él mismo hubiera mencionado a su hijo en el Huerto de Getsemaní. [...] Si Pedro hubiera tenido un hijo, ¿no crees que habría sido un buen servidor como Juan Marcos? Entendemos que el Evangelio de Marcos es la narración de Pedro a Marcos. Sin embargo, este Evangelio, también, ha sido escrito desde la perspectiva de un observador presencial, y se puede sentir que Marcos está participando vívidamente en su narración. Si Pedro era, literalmente, el padre de Marcos, esto explica cómo Marcos llegó a ser un testigo ocular de muchos de los sucesos en la vida de nuestro Señor. Él simplemente andaba con su padre mientras su padre seguía al Señor. Marcos era un discípulo de Jesucristo, pero, por supuesto, no era uno de los doce que Cristo apartó para el apostolado. No obstante, como el hijo de Pedro, él era parte del grupo grande de discípulos que siguieron a Jesús.

¿Tiene razón o no? Las razones que ofrece en el libro pueden resultar convincentes si nos atenemos solamente a fuentes históricas clásicas (como la *Historia eclesiástica* de Eusebio, cuya validez y veracidad ha sido puesta en cuestión por otros eruditos) y a traducciones de la Biblia a lenguas vernáculas, pero no en el ámbito de la crítica textual. La posición, por tanto, no es crítica, ni en el sentido que emplea la exégesis bíblica ni el sentido moderno ilustrado.

Terminamos reafirmando lo que dijimos al comienzo: hasta aquí solo hemos presentado, brevemente, una crítica dialéctica argumentativa, que quizá, además, es equivocada. Damos las gracias al Dr. Parker por esta obra que, sin hacerle justicia, hemos criticado. Si hubiera estado en nuestra mano la decisión de elegir en qué parte posicionarse, habríamos elegido la de apologizar el libro. Los razonamientos y aportaciones de pruebas por parte del Dr. Parker son delicados y apropiados, y hacen pensar en que lo que dice es verdad e inclinarnos por la hipótesis expuesta en el libro, sobre la que él mismo, no obstante, nunca afirma una palabra definitiva.

Víctor Páramo Valero